

Plática en La Habana

Carpentier nos dijo...

Gabriel Pereyra / Facultad de Leyes.

Dentro de la zona de La Habana Vieja, donde el barroco criollo de la arquitectura hace exposición, se encuentra el edificio de la Editorial Nacional de Cuba; en él despacha Alejo Carpentier.

Habíamos llegado hacia diez días a la isla y apenas estábamos descubriéndola. Desde antes de nuestra salida del continente, teníamos la intención de hablar con Alejo Carpentier, y hoy, que estábamos a pocos pasos de su despacho, subiendo las escaleras, las preguntas y el trato que le daríamos nos tenía preocupados.

En su despacho, después de esperar pocos minutos a que nos anunciaran, Carpentier nos recibe cordial y sencillo; nos extiende la mano y nos invita a sentarnos.

—Llegué a Cuba al triunfo de la revolución —contesta a nuestra primera pregunta—, yo vivía en Venezuela... Y me he quedado aquí. Trabajo en la Editorial Nacional de Cuba, doy clases en la Universidad y me doy tiempo para escribir dos novelas que se desarrollan en la época actual, aquí en La Habana.

—La Editorial Nacional de Cuba —prosigue— fue creada en mayo de 1962. Nuestras funciones son las de coordinar y centralizar los planes editoriales de una serie de organismos culturales entre los que se encuentran: El Ministerio de Educación, que ocupa el 80 por ciento de la producción; la UNEC (Unión Nacional de Escritores Cubanos); la Editorial Juvenil, la Academia de Ciencias, la Biblioteca Nacional... ¡Ah! y no se le olvide, la Casa de las Américas, cuyas publicaciones son importantísimas.

No sabemos cómo llamarlo y hacerle preguntas. En ocasiones le decimos don Alejo, otras, señor Carpentier; las más, maestro. Después de mostrarnos unas ediciones, nos dice cordialmente: "Llámenme compañero", y prosigue:

—La campaña contra el analfabetismo aumentó las necesidades de libros educacionales, técnicos y didácticos. Tenemos una colección denominada *Biblioteca del Pueblo*, en la que se editan a los grandes autores de todos los tiempos, desde Homero hasta Kafka, pasando por Molière y la picaresca española. La colección *Cocuyo*, que publica textos cortos; las series dedicadas a autores vivos y la denominada *Biblioteca Pública*, que alcanza tiradas mínimas de 10 a 20 mil ejemplares y en casos determinados de 50 mil, como *Juan Cristóbal* de Romain Rolland, y *El don apacible*, de Sholójov.

—Compañero Carpentier, ¿cuál es la lectura que más le gusta al pueblo cubano?

—Gusta del cuento y de la novela corta. Desde que lanzamos el libro de cuentos de Edgar Alan Poe, que fue un *best seller* en 1963, nos hemos visto obli-

gados por la demanda del público a editar una serie de trabajos de ese tipo de grandes autores.

—La producción global de libros —prosigue—, sumando los años de 1963, 64 y 65, es de 57 millones de ejemplares, lo que dado nuestra población (7 millones 250 mil habitantes), nos sitúa a la cabeza del mundo en producción editorial.

—Aquí discutimos los planes de producción, hacemos prólogos, notas cronológicas, diseñamos portadas. Una vez realizado ese trabajo, entregamos los originales a la Empresa Consolidada de Artes Gráficas, en donde se encargan de la manufactura del libro.

Nos hemos informado que el gobierno cubano ha instalado cerca de 250 librerías, en toda la isla se venden libros en pequeñas tiendas y se ha inaugurado el servicio de bibliotecas ambulantes (Bibliobus). Hoy, es común encontrar en los camiones, en las calles, en el Malecón de La Habana o en la Bahía de Santiago, pastas multicolores en manos del pueblo, que guardan textos de Poe, Faulkner, Sartre, etcétera, y en cualquier charla, lo mismo se habla de la revolución, de la última zafra, de los congresos que se efectúan, que del estilo de Anatole France, Tolstoi o Marx.

—Compañero Carpentier, ¿qué opina de los novelistas latinoamericanos?

—Siempre evado esa pregunta porque no tengo la información suficiente que me permitiría ofrecer un juicio sincero. Podría nombrar unos y dejar de nombrar otros. Eso sería injusto.

Nombramos algunos escritores invitando a Carpentier a analizarlos: Cortazar, García Maynes, Rulfo...

—Julio Cortazar me interesa, pero no quiero hablar de él, por temor a no ser injusto.

—En general, ¿qué opina de la novela latinoamericana?

—Creo —dice— que la época de la novela tipicista o vernácula ha pasado. Los autores de los años 20 cumplieron una labor necesaria fijando la vida de ese tiempo; tuvieron un defecto, el de no profundizar mucho, por lo que existen ciertos aspectos que escapan a su campo de observación; de allí que su novelística es útil en su momento, pero resulta en la actualidad insatisfactoria.

—Nuestras ciudades crecieron cobrando nuevos caracteres, en ellas se mezclaron los elementos étnicos que iban a ser las bases de las características de los latinoamericanos.

—Por eso creo— continúa— que hemos llegado a una época en que la novela debe ser urbana más que rural. Además porque si en el campo se pudieron observar algunos objetos bajo la forma de denuncia; la literatura actual debe producirse en las ciudades porque es en ellas donde estalla el conflicto. En América Latina se puede hacer una novela ya no de personajes, sino de estratos, de grupos.

—¿A dónde va esa literatura?

—Tiende a lo épico en cuanto a su contenido y barroca en cuanto a su estilo.

—Compañero Carpentier, ¿cuál es la rama del arte en que se ha dejado sentir con más claridad la revolución cubana?

—En la poesía. En ella se ve clara la influencia de la Revolución Cubana. Eso no es extraño, la poesía recoge después de cualquier brote social las primeras experiencias.

—¿Qué características tiene esa poesía?

—Tiende a lo épico y en ella se observa espontaneidad de creación y libertad.

La carta de los intelectuales cubanos a Pablo Neruda tiene validez en la actualidad. Recordándola, le preguntamos a Carpentier, ¿qué opina de la "coexistencia intelectual" que pregonan los Estados Unidos?

—Los hechos nos han demostrado —contesta— que esa coexistencia no se establece sobre un plano de igualdad. El imperialismo trata de captar al intelectual o artista latinoamericano de sincero pensamiento revolucionario, para neutralizarlo o utilizarlo. Se le dan todas las facilidades, todos los medios, se le ofrecen toda clase de ventajas: traducciones, exposiciones, premios, de los que se aprovecha la prensa más reaccionaria.

—El intelectual y el artista latinoamericano deben mantener su posición de lucha y no dejarse seducir por las ofertas emboscadas que acaban traduciéndose en otras cosas. Esto no es mayormente difícil, se trata de mantenerse firmemente

sobre sus principios, fieles a la causa de los pueblos, que es la única que debe interesarnos primordialmente.

—Hace algún tiempo, me hablaban que la Casa de las Américas piensa crear un premio dedicado a toda la obra de un autor latinoamericano, algo así como un premio Nobel de Literatura, ¿ha prosperado esa idea?

—Se habló de eso pero hasta la fecha no se ha concretado nada.

—A muchos latinoamericanos nos parece que la Academia de Suecia tiene olvidados a los escritores de nuestro continente y muy pocas veces les otorga un premio. ¿Cree usted que existe ese olvido? ¿Qué opina de él?

—Hay olvido, sí, pero también hay descuido en el escritor latinoamericano. En nuestro continente es raro el autor de obra continua, salvo algunos poetas. Un escritor debe de escribir normalmente una novela cada 2 o 3 años y la mayoría de los autores latinoamericanos escriben una novela y se olvidan de volver a escribir, o a los cinco o seis años vuelven a escribir otra. La culpa también es nuestra.

Continuamos hablando de los premios, de la Revolución Cubana, de nuestras experiencias en la isla. Nuestra plática no es ya para el público, ya no es entre el escritor y el periodista. Carpentier ha logrado tender un lazo de amistad, de solidaridad entre nosotros. Es, como nos dijo en un principio, un "compañero".

